

En persona

Entrevista a Diego Gracia

Dulce María Espinoza Díaz

Especialista en Neurocirugía Pediátrica. Máster en Bioética – Experta en Bioética Clínica. Presidente del Comité Hospitalario de Bioética - Hospital de la Mujer. Profesor Titular Facultad de Medicina UAS. Directora de Bioética y Ciencias de Sinaloa.

Email: dulcemariaespinoza@yahoo.com

La presente entrevista es el resultado de un cúmulo de circunstancias que considero oportuno relatar. En el año 2014 inicié en la Fundación de Ciencias de la Salud y la Universidad a Distancia de Madrid el Título Propio de Magíster en Bioética dirigido por el Profesor Diego Gracia. Llegaba a él tras muchos años dedicados a la actividad clínica. He sido la primera Neurocirujana Pediatra en la historia de mi país, México. Trabajé en un hospital de la ciudad de México dedicado exclusivamente a enfermedades neurológicas y neuroquirúrgicas en niños. De vuelta a mi ciudad natal, Culiacán, compaginé mi actividad como neurocirujana pediatra con el ejercicio de la docencia en la Facultad de Medicina. Realicé un Fellowship durante dos años en la Universidad de California en los Ángeles, Estados Unidos (UCLA Medical Center), formación que completé años después en el Cincinnati Children's Hospital, en calidad de visiting professor. En él pude colaborar con el Dr. Alberto Peña, cirujano pediatra de renombre internacional, que a su vez fue maestro del Dr. Víctor Ávila, la persona a la que más debo en el campo de la cirugía pediátrica. Juntos trabajamos en la solución de un tema que a ambos nos preocupaba: la médula anclada asociada a malformaciones anorrectales.

Descubrí la bioética en el propio ejercicio de la actividad clínica, años después de salir de la Facultad de Medicina, en la que no tuve noticia de su existencia. Mi primer contacto con ella fue en mi Doctorado en Ciencias de la Educación, en el que se impartía una asignatura con ese título. Intervine en la organización del Primer Congreso Internacional de Bioética que tuvo lugar en la ciudad de Culiacán en 2014. Uno de los profesores invitados fue Diego Gracia, que por motivos de su agenda no pudo acudir. De esta manera me enteré del Máster en Bioética de Madrid y decidí inscribirme en él.

Mi experiencia en los cuatro años del Máster en Bioética de Madrid superó todas mis expectativas, ya que adquirí unas bases firmes de fundamentación de la Bioética y fue muy interesante emprender el viaje por el mundo de la filosofía, desde Sócrates hasta los filósofos contemporáneos, cada cual con un tipo específico de Ética. El hecho de volver a leer libros que anteriormente ya había tenido entre mis manos, me permitió no sólo avanzar en la lectura, sino analizar y descifrar claves difíciles de identificar a primera vista.

Esto me permitió tener un panorama más amplio de la Ética, tanto en su sentido histórico como en el pragmático y, al mismo tiempo, clarificar conceptos que, si no se tiene al lado un maestro deliberativo, que sepa realmente guiar y motivar hacia la reflexión, se corre el riesgo de caminar en círculos sin sentido y en ocasiones, experimentar un sufrimiento innecesario. Además, el modo en que fuimos desarrollando las habilidades y capacidades necesarias para aplicar la técnica de deliberación, fue algo extraordinario. De tal manera que el esfuerzo de los maestros se vio reflejado en nuestra nueva forma de comprender los problemas, de analizar los valores implicados y de encontrar los mejores cursos de acción. En mi vida personal, también hubo instantes de profunda deliberación.

Al acabar los cuatro años del Máster, quise llevarme un último recuerdo, y pedí al Profesor Gracia que contestara a una serie de preguntas. Son las que componen la entrevista que ahora se publica. Vuelta a mi tierra, sigo trabajando en Neurocirugía Neonatal, imparto un curso formal de Bioética a los alumnos de pregrado en mi Facultad de Medicina, he organizado y dirijo el Comité de Bioética en el Hospital de la Mujer, dirijo también la Sociedad de Bioética y Ciencias de Sinaloa e intento que los resultados de esta actividad lleguen a los profesionales a través de las revistas de mi especialidad.

Cuando estuve en Madrid y aprendí que el término griego eusébeia busca expresar el agradecimiento por los dones que nos son otorgados, algo cambió en lo más profundo de mi existencia. Estaba ante la revelación de mi manera de conducirme por la vida, llena de gratitud hacia mis maestros y hacia todos los que de alguna manera se han vinculado conmigo. Así surgió esta entrevista, nacida en el marco del aprendizaje obtenido y de las experiencias vividas en el Máster en Bioética de Madrid.

Dulce Espinoza: Séneca escribe en sus Cartas a Lucilio: “escoge a los que enseñan más con su vida que con sus discursos, a los que después de decir lo que se debe hacer, lo demuestran haciéndolo”. ¿Qué opina?

Diego Gracia: Séneca, como buen moralista, sabía bien que en la determinación de las costumbres humanas juegan un papel mucho más importante los modelos que imitamos que las ideas que oímos o que nos transmiten. Sobre este tema de la importancia que tienen los modelos en la conducta de los seres humanos, se han escrito páginas muy hermosas. Kant finaliza su Crítica de la razón práctica con una parte que se titula “Metodología de la razón práctica”, que es todo un tratado de pedagogía moral. Y Max Scheler escribió cosas muy interesantes sobre los modelos, que se hallan reunidas en castellano en un libro que se titula Modelos y líderes..

DE: ¿Es el alumno el que escoge al maestro?

DG: Creo que sí. De hecho, los llamados maestros enseñan a muchas personas, pero sólo algunas deciden seguirles y tomarles como modelo. Sólo de estos son auténticos

maestros. Y esa elección la lleva a cabo el discípulo. Está claro que otros muchos se acercaron a esa misma persona, pero no la vieron de igual modo.

DE: ¿Quiénes fueron sus maestros? ¿Qué legado recibió de ellos? ¿Qué hizo con esa herencia? ¿Qué les ha transmitido usted a sus alumnos?

DG: *Yo he tenido dos excepcionales maestros, Xavier Zubiri en filosofía y Pedro Laín Entralgo en humanidades médicas e historia de la medicina. Siempre me he considerado una persona afortunada por haber dado con ellos y que me aceptaran a su lado. En esto, como es lógico, hay mucho de azar: el que la casualidad me hiciera dar con ellos, escuchar lo que decían y decidir seguirles. Otros muchos se encontraron con ellos como lo hice yo, pero no tomaron la misma decisión. Hay, por tanto, una opción propia, pero hay también un coeficiente alto de casualidad, de azar, el hecho de habérmelos encontrado en mi camino. Dilthey decía que la vida humana es un conglomerado de azar, destino y carácter.*

Me pregunta qué he recibido de ellos y qué he hecho con su herencia. Eso sería contar aquí buena parte de mi vida y de mi obra, cosa que no puedo hacer. De Zubiri aprendí lo que es la filosofía. Yo había estudiado las asignaturas de filosofía antes de conocerle, pero no había visto un filósofo de verdad. No es lo mismo saber cosas de filosofía, ser un erudito en filosofía, que ser un filósofo. Yo había tenido profesores eruditos en temas filosóficos, pero no había visto un verdadero filósofo hasta mi encuentro con Zubiri. Y quedé tan asombrado que supe inmediatamente que ya no podría prescindir de eso. La consecuencia es que tuve una relación muy asidua con Zubiri durante los trece últimos años de su vida, y que desde su origen dirijo la Fundación que lleva su nombre. Esto también explica que haya escrito dos libros sobre él, Voluntad de verdad (1986) y El poder de lo real (2017).

Laín Entralgo no era en el rigor de los términos un filósofo, pero sí una persona que, desde la filosofía, intentaba elaborar una teoría del ser humano (Antropología) y del ser humano enfermo (Antropología médica). Sus obras en este sentido han sido fundamentales en la educación de generaciones enteras de españoles. También a él le he dedicado un libro, Voluntad de comprensión (2010).

DE: ¿Cómo logra compartir ese legado?

DG: *Es célebre la expresión de un monje medieval del siglo XII, Bernardo de Chartres, de que somos como enanos a los hombros de gigantes. Eso nos pasa a todos. Sin el trabajo de quienes nos precedieron, no seríamos nada. Por eso tenemos una inmensa deuda de gratitud con ellos. Y por eso también no es suficiente el haber tenido buenos maestros, o el repetir lo que ellos dijeron o hicieron. Las situaciones son nuevas y las respuestas han de serlo también. Todos tenemos que innovar. Ellos no pueden más que ayudarnos en nuestra tarea de buscar las respuestas acertadas a las nuevas situaciones, o a los nuevos problemas. Por eso yo digo siempre que los verdaderos maestros no cortan las alas, ni exigen voto de obediencia, sino que dan alas para poder volar e ir más allá de donde ellos dejaron las cosas. Los buenos maestros no anulan la creatividad, sino que la potencian.*

DE: ¿Cómo fue la transición de usted como alumno a maestro?

DG: *Yo no me considero maestro, quizá porque eso no pueden hacerlo más que los discípulos. Pero sí puedo decir que también en esto he sido una persona muy*

afortunada. He tenido muy buenos alumnos. Las personas que se acercan a mí y me piden ayuda suelen ser excelentes. Ellos se autoseleccionan. Eso, además, permite que la dinámica en las reuniones sea muy positiva y que todos podamos progresar. Ellos me ayudan mucho, y en el mismo proceso espero que yo también pueda ayudarles algo.

DE: ¿Tiene usted actualmente maestros? ¿Es discípulo de alguien?

DG: *Todo depende de qué se entienda por maestro. Maestros en el sentido en que hemos venido utilizando el término hasta aquí, no. Pero uno nunca deja de aprender de quienes le precedieron. Lo que sucede es que ahora el aprendizaje es más autónomo, o autodidáctico. Y que el área de los que cabe llamar “maestros” se ha ampliado enormemente. Por poner un ejemplo, es el caso de Aristóteles, pensador del que nunca dejo de aprender. Y junto con Aristóteles, otros muchos que son mis lecturas de todos los días. Sin ellos no podría seguir adelante.*

DE: ¿Qué ve en el rostro, en la mirada de sus alumnos en su primer encuentro?

DG: *Se dice que la cara es el espejo del alma. Y es verdad. Pero de toda la cara, probablemente la parte más expresiva son los ojos. Hay ojos de agrado, de aceptación, y ojos que acusan o que intentan agredir. El profesor está frente a sus alumnos, y por tanto ve sus rostros, y sobre todo sus ojos. Cuando estos denuncian una actitud positiva y complaciente por parte del alumno, se produce una relación emocional muy positiva, que siguiendo a Platón en el Banquete se ha llamado mil veces el “eros pedagógico”. Por el contrario, cuando los ojos son de acusación, el profesor se inquieta y desconcierta. No sé si sabe que el número de infartos de miocardio entre los profesores es bastante superior a la media.*

DE: ¿El maestro solo debe dirigirse al alumno sobresaliente o a todos por igual?

DG: *No todo el mundo puede ir a la misma velocidad, entre otras cosas porque no todos están igual de interesados. Si se busca ir a la velocidad de los más lentos, la parte mejor del alumnado perderá interés. Esto no tiene más que una solución, y es dividir la enseñanza en pequeños grupos, de modo que cada uno sea muy homogéneo, con personas de similar nivel e interés, de tal modo que pueda irse al ritmo que necesitan. La enseñanza, para que sea realmente eficaz, debe hacerse en pequeños grupos.*

DE: ¿Qué recomendaría a un maestro que se da cuenta de que un residente de cirugía pediátrica no tiene habilidad, ni actitud, ni aptitud para ser un buen cirujano pediatra?

DG: *Este es un grave problema. La residencia es el periodo que capacita para recibir el título de especialista en una materia; en ese caso, la cirugía pediátrica. Si una persona no tiene los conocimientos, las habilidades o las actitudes adecuadas, no se le debería dar el título de especialista. No se me escapa la enorme dificultad que tiene el llevar esto a la práctica. Yo he tenido casos de residentes de Psiquiatría con una patología mental grave y crónica, a los que se ha acabado dando el título de especialista. Es una grave irresponsabilidad. Estoy pensando en un caso real, en el que afortunadamente la propia enfermedad ha hecho que ese especialista no pueda en la práctica ejercer como tal. Pero debería tenerse más cuidado en esto. En la práctica, es casi imposible negar el título de especialista a alguien por problemas en*

sus actitudes básicas o en su carácter, porque inmediatamente será interpretado como un caso de discriminación. Los únicos criterios que pueden utilizarse son la falta de conocimientos o de habilidades prácticas. En cualquier caso, es un problema.

DE: ¿Cuál fue su primer encuentro con la Medicina, con la Ética, con la Bioética y con la Filosofía?

DG: *Como ya he dicho, yo no comencé por la bioética, entre otras cosas porque entonces no había aparecido aún ni la palabra. Siguiendo lo que había venido haciendo Laín Entralgo durante décadas, me orienté a la Antropología médica. Yo había estudiado Filosofía antes de hacer Medicina, y me atraía mucho esa rama de la filosofía que surgió en Alemania a comienzos del siglo XX con el nombre de Antropología filosófica. Así que me fui a Alemania. De hecho, mi tesis doctoral se titulaba Persona y Enfermedad: Una contribución a la historia y teoría de la Antropología médica. El problema de esta Antropología médica es que era muy teórica y poco aplicable a la práctica clínica. Por eso me llamó mucho la atención el movimiento que estaba surgiendo en los Estados Unidos, que también quería ser algo así como una filosofía de la medicina, pero con una orientación mucho más pragmática, de tal modo que podía aplicarse en la clínica con gran facilidad. Así que me fui a los Estados Unidos a visitar los principales centros. A mi vuelta tenía una idea muy clara de lo que era la bioética norteamericana. En un principio, pensé que debía traducirla y aplicarla al español. Pero pronto me di cuenta de que era preciso ir más allá, y replantearla por completo. Las culturas son distintas, la mediterránea no se parece mucho a la norteamericana, y es necesario tener en cuenta las particularidades de cada una. Esto es lo que me llevó al tema de los valores. De hecho, las culturas no son sino sistemas de valores. Así que abandoné el sistema de los cuatro principios y me puse a trabajar en el mundo de los valores. El resultado de eso es lo que he ido escribiendo, publicando y enseñando en estos últimos veinte o veinticinco años.*

DE: ¿Cómo nace su pasión por la enseñanza?

DG: *Me he dedicado a la enseñanza, porque creo en ella. Hay otras cosas en que no creo; por ejemplo, en la política, que es el modo como mucha gente cree que se pueden cambiar las sociedades. No es verdad. Las sociedades se forman y se deforman a través de la educación, que es una de las actividades peor valoradas y menos atendidas en nuestras sociedades. En esto no puedo más que dar toda la razón a Sócrates. Alguna vez he dicho, incluso delante de políticos, que he dedicado mi vida a la enseñanza porque creo en ella. Si hubiera creído que la vía era la acción política, quizá me hubiera hecho político. Pero la política, como ya dijera Marx y antes había afirmado Hegel, no es más que una superestructura. La estructura básica es la sociedad. La política es un epifenómeno de la sociedad. Si hay políticos corruptos, es porque la sociedad está corrupta. Y el trabajo de base hay que hacerlo en la sociedad. Es un error identificar sociedad y Estado. Creemos que el Estado es el que tiene que solucionar todos los problemas. Es un error. Lo importante, lo más importante, no es el Estado sino la sociedad. Y el lenguaje de la sociedad es la ética, lo mismo que el del Estado es el derecho. Como confundimos esos dos niveles, pensamos que todo se arregla promulgando leyes. Lo cual es un enorme error.*

DE: ¿Cómo le gustaría ser recordado y por qué?

DG: *No me interesa en absoluto la popularidad, ni la fama, ni tengo especial interés en que se me recuerde. Mi interés es el hacer, mientras viva, lo posible para mejorar el*

depósito de valores de la sociedad. Al morir, eso es lo que todos dejamos. Con nuestras obras objetivamos valores o disvalores, los metemos en ese depósito objetivo de valores que llamamos cultura. Eso es lo que queda. Un grave error es confundir la persona viva con la persona histórica, la que pasa a la historia. La persona viva desaparece del mundo una vez que muere. Lo que queda es lo que ha contribuido al depósito objetivo de valores, a la sociedad y la cultura. Eso es lo que queda. Velázquez se murió, pero sus cuadros quedan. Y lo mismo cabe decir de cualquier otra obra humana. Toda obra, por pequeña que sea, objetiva valores o disvalores, que pasan a formar parte del depósito objetivo de la cultura. Eso es lo que queda. Al hacer un acto de corrupción, la objetivamos, de tal manera que ese disvalor entra a formar parte del depósito de nuestra sociedad. Y las generaciones que vengan después, lo primero que tendrán que hacer es asumir ese depósito de valores que les hemos legado. Si uno nace en una sociedad corrupta, no tendrá más remedio que introyectar ese valor presente en el medio en que ha nacido. Luego, cuando sea adulto, podrá, con sus obras, corregir eso con actos no corruptos, o por el contrario, aumentar la corrupción de la sociedad con sus propias acciones. Los actos de corrupción son individuales, pero la corrupción es un elemento cultural, es un disvalor que entra a formar parte de ese depósito objetivo de una sociedad que llamamos cultura. Hay sociedades corruptas, más o menos corruptas, como consecuencia de las decisiones de sus miembros.

DE: ¿Qué recomienda para mejorar la enseñanza de la Bioética?

DG: *La enseñanza de la ética es un problema en sí mismo. Ello se debe a que prácticamente todo el mundo se cree capacitado para hablar de ética, incluso para enseñar ética. No todo el mundo cree que puede enseñar cómo se opera el cáncer de hígado, pero sí piensa que puede hablar, e incluso enseñar ética. Es un error, un grave error. La ética trata de que las decisiones humanas sean correctas. Y esto es muy difícil. Hay muchas más probabilidades de que tomemos nuestras decisiones de modo incorrecto, a que lo hagamos de modo adecuado. Y en esto tampoco podemos fiarnos demasiado de la naturaleza, o del sentido común. Por el hecho de que todos estemos necesitados de tomar decisiones continuamente para poder sobrevivir, no podemos deducir que sepamos hacerlo correctamente. Hacerlo bien exige un aprendizaje, que no es fácil. Y sobre todo exige que el profesor sepa muy claramente lo que tiene que enseñar, y cómo debe hacerlo. Por desgracia, la mayoría de quienes enseñan ética y bioética no lo saben. Esto se debe a varias causas. Una, muy frecuente, es porque se confunde ética con religión, y se considera que las cuestiones morales tienen que resolverlas los líderes religiosos. Es otro error. La confusión de ética y religión lleva no sólo a pervertir la ética, sino también la religión. La mayor parte de las personas confunden la experiencia religiosa con la experiencia moral, y se consideran, por ejemplo, católicos, porque están contra el aborto, o contra la eutanasia, etc. Hay muchas personas que se consideran religiosas, pero que carecen de verdadera experiencia religiosa. Esto es trágico, no sólo para la ética sino también para la religión.*

DE: ¿Cuál es su filósofo favorito y por qué?

DG: *Esto es muy difícil de responder. Es como preguntar cuál es el pintor favorito de uno, o el músico favorito. Hay muchos, cada uno en su línea. De entre los clásicos, el filósofo más sorprendente para mí y aquel a que más debo es, sin duda, Aristóteles. Su obra, además de inmensa, es de una genialidad difícilmente repetible. De los actuales, quien más ha influido en mí ha sido Xavier Zubiri. Ello se ha debido a que he*

convivido con él durante muchos años, y a que después he dirigido la Fundación que lleva su nombre, he cuidado la publicación de sus obras, etc. Zubiri, como otros, no muchos, fue un filósofo que se encontró, tras la crisis de la razón pura que tuvo lugar en la segunda mitad del siglo XIX, con el reto de hacer metafísica desde la que ahora se llama "racionalidad débil". La mayor parte de los pensadores pensó que eso era imposible, y que por tanto vivíamos en una era "posmetafísica", dado que la metafísica, que hasta Hegel siempre había partido de la existencia de una "razón pura", ya no era posible. Es lo que se llamó la "muerte de la metafísica". Algunos pensadores, como Jaspers, Marcel, Heidegger, el propio Zubiri, pensaron que con los instrumentos de la racionalidad débil no sólo podía seguir haciéndose metafísica, sino que el resultado era una metafísica mejor que toda la que se había hecho hasta entonces. Basta ver las cosas así, para darse cuenta de lo asombrosa de esta hazaña, típica del siglo XX. Si yo he intentado algo es aplicar todo eso al caso concreto de la ética y la bioética.

DE: ¿Se considera un buen alumno de sus maestros?

DG: No soy quién para ponerme nota a mí mismo. Simplemente puedo decir que he intentado llevar lo que ellos me enseñaron más allá de ellos mismos, de modo que no puedo hacerles responsables de mis propios errores, si es que los hay, que los habrá. Espero que los que vengan después sean capaces de corregirlos. En eso consiste la historia.

DE: Si se tiene que tomar una decisión entre pasar más tiempo con la familia o con los pacientes, ¿cuál se debería elegir?

DG: Los clásicos decían: Ne quid nimis, nada en exceso. La familia es un valor que debemos tener muy en cuenta, y los pacientes también. La obligación de todo ser humano consiste siempre en tener en cuenta todos los valores presentes en una situación, y buscar el curso de acción que los promueva más o lesione menos. Esa es nuestra obligación moral. Es un error pensar que, porque un valor nos pueda parecer en un cierto momento más importante que otro, podemos dejar de lado este. Todo valor exige su respeto, precisamente por eso, porque es un valor, porque nos parece valioso. Hay que ver en cada momento cuáles son los valores en juego y qué curso de acción, en una situación concreta, es decir, teniendo en cuenta las circunstancias del caso y las consecuencias previsibles, nos parece que es el óptimo. Ese es el que debemos elegir. Aristóteles diría que ese es el más prudente. Habría que decir más, y es que se trata del único prudente. Y esa es también nuestra obligación.

DE: ¿El filósofo, nace, se hace o lo hacen?

DG: Aquí habría que volver a la definición de Dilthey que ya he recordado: la vida es un conglomerado de azar, destino y carácter. Hay algo que nos viene dado, que es nuestra constitución biológica, con ciertas capacidades para determinadas cosas. Los escolásticos llamaban a esto la "primera naturaleza". Pero sobre ella está la otra, la "segunda naturaleza", que es obra del ejercicio de esas capacidades innatas. Para ganar una maratón se exigen ciertas condiciones físicas. Pero también se exige una vida metódica y un entrenamiento constante. Si falla alguna de esas dos cosas, la persona no ganará la maratón. Esto es importante saberlo, porque la ética sólo se ocupa de la segunda naturaleza, es decir, de aquello que está en nuestras manos hacer o no hacer, no de las disposiciones innatas.

DE: ¿Qué importancia tienen los maestros o modelos en la enseñanza?

DG *Esto ya lo hemos analizado en una pregunta anterior. ¿Qué pensaríamos de un maestro que dijera: “haced lo que yo os digo, pero no lo que yo hago”? Indudablemente, no tendría ninguna credibilidad, nadie se creería aquello que dice. Pues bien, esto pasa muy frecuentemente en la práctica. El primer centro de formación es la familia. En ella, el niño ve muchas veces una gran discordancia entre lo que sus padres le dicen y lo que hacen. Ese es el origen de muchas tragedias. La primera norma de la educación es la coherencia. El niño y el joven tienen una gran sensibilidad para detectar las incoherencias.*

DE: ¿Cuál ha sido su desafío más grande como maestro?

DG. *El gran reto de todo profesor es no desanimarse ante el panorama social. En el caso de la enseñanza de la ética esto es particularmente grave. No hay más que encender la televisión para darse cuenta de que prácticamente toda la información que recibimos son estímulos que buscan convertirnos en “heterónomos”, de tal modo que acabemos haciendo lo que los demás, generalmente por intereses económicos, quieren que hagamos. La ética es de las pocas disciplinas que buscan, si se enseñan correctamente, promover en las personas la “autonomía”. El comprobar cómo casi todos los mensajes que reciben las personas buscan promover en ellas la heteronomía, es un poco desalentador. En cualquier caso, el profesor no puede desanimarse por ello. Cada persona tiene un valor incalculable, y con solo una merecería la pena todo el esfuerzo.*

DE: ¿Cómo identifica las capacidades de sus alumnos?

DG: *Yo nunca he tenido que discriminar a los alumnos por sus capacidades o incapacidades. Al final, son ellos los que se autoseleccionan. Y si alguien, a pesar de que sus capacidades no sean las óptimas, quiere seguir aprendiendo, merece la pena hacer por él todo lo que se pueda.*

DE: ¿Ha tenido un alumno preferido?

DG: *En el sentido normal que suele darse a esta pregunta, la respuesta es no. Sí he tenido alumnos más cercanos a mí, por razones varias. Y algunos han colaborado o colaboran muy intensamente conmigo. En cualquier caso, siempre he procurado no convertir mi posible influencia sobre ellos en una especie de coacción, de modo que se crean obligados a hacer o pensar lo que yo hago o pienso. De nuevo repito que el buen maestro es el que da alas a sus alumnos, no el que se las corta.*

DE: Las sesiones de morbilidad están desapareciendo, ¿cuál es su opinión?

DG: *Supongo que se refiere a los controles anatomopatológicos de los diagnósticos clínicos a través de las autopsias. Es el primer sistema de control de calidad que tuvo la medicina clínica, a partir del establecimiento del servicio de Anatomía patológica en el Hospital General de Viena a mediados del siglo XIX. Hoy es cierto que este tipo de control post mortem ha decrecido mucho. Pero ello se debe a que han aparecido otros sistemas de control de calidad de las decisiones clínicas, y sobre todo a que la Anatomía patológica hoy trabaja especialmente con biopsias, algo que hasta hace relativamente poco tiempo tenía un papel casi anecdótico.*

DE: Marañón dice que “la vocación impulsa al hombre, por encima de toda otra elección, a crear belleza, si es artista, a buscar la verdad, si es hombre de ciencia, o a enseñar a los otros, si es maestro, y por buscar siempre este fin único, el artista, el sabio y el maestro están dispuestos siempre a dejarlo todo y a renunciar a los goces materiales de la vida.”

DG: *Esta idea de vocación era muy frecuente en los años en que escribía Marañón, la primera mitad del siglo XX. En España, se encuentra en las obras de Ortega y Gasset, autor que influyó mucho en Marañón. Hoy, desdichadamente, ya casi no se habla de vocación, porque se considera un residuo cultural de épocas pasadas. Hay que recordar que la vocación por antonomasia era la vocación religiosa, de la que hoy casi nadie quiere hablar. En historiografía imperan sobre todo las tesis “externalistas”, que atribuyen todo a la influencia del medio, de tal modo que eso que se llamaba vocación se ve como el resultado de un amplio número de factores económicos, sociales, culturales, etc. El externalismo tiene su parte de razón, pero también es cierto que, a pesar de todos esos factores, o incluso en contra de ellos, hay personas que se empeñan en seguir un camino por razones “internalistas”, por algo que les surge, como decía Ortega, desde su “fondo insobornable”, es decir, de lo más profundo de ellos mismos. Es en estas personas, artistas, escritores, médicos, etc., donde vemos la fuerza de la vocación. Estos sujetos siempre han resultado admirables, y con frecuencia se han convertido en “modelos”, esos de que hablábamos antes.*

DE: Marañón también escribió: “cuando el maestro descubre en el alumno la vocación verdadera y la conforta, y cuando en el terreno de la vocación demostrada siembra los conocimientos, está haciendo no solo un buen médico, sino un médico bueno, de profunda moral profesional. El médico bien preparado en el sentido humano e integral, el médico de vocación y no el de pura técnica, ese no necesita de reglamentos para su rectitud. Al médico mal preparado, las reglas y consejos morales le serán perfectamente inútiles. Sobran aquí, como en todos los problemas de conducta moral, las leyes.”

DG: *Este es un texto clásico de Marañón, en contra de los códigos deontológicos, entonces nacientes en la medicina española. Él no era muy partidario de confundir la ética con la deontología, y por tanto el deber moral con las normas o reglas que encontraba en los códigos. Aquí se ve de nuevo la influencia de Ortega. La ética auténtica es la que surge de la vocación. Ortega insistió mucho en esto. Él decía que la ética no trata de las reglas del “deber ser”, que son genéricas, y que por tanto no se ajustan a las exigencias de cada persona. El verdadero deber no es genérico sino individual. Es lo que Ortega llamaba el “tener que ser”, que viene a identificarse con la vocación. Esto podríamos traducirlo a otro lenguaje quizá más conocido, diciendo que los códigos se asumen por lo general “heterónomamente”, en tanto que la verdadera ética ha de ser por necesidad “autónoma”. Y la autonomía es siempre individual.*

DE: Profesor Diego Gracia, ¿cuál es la mejor manera de mostrar el profundo agradecimiento a nuestros maestros, a nuestros padres?

DG: *La gratitud no puede consistir en la realización de unos actos concretos. La gratitud hay que verla como un hábito, un estilo de vida. Hay personas que van por la vida de ese modo, y otras que van del modo opuesto. Laín Entralgo expresaba esto aludiendo a los mitos griegos de Narciso y de Pigmalión: hay quienes van por la vida, como nuevos narcisos, diciendo “tengo todo lo que merezco”, en tanto que otros, como Pigmalión, saben que la mayor parte de lo que tienen son dones inmerecidos,*

gratuitos, y como Pigmalión parecen decir: “tengo más de lo que merezco”. Esta última actitud ante los mayores, padres, maestros, y en última instancia ante los dioses, es la que los griegos expresaron con el término eusébeia, que los latinos tradujeron por pietas.

DE: Profesor Diego Gracia, ¿cuál es su mensaje para todos sus alumnos, para los alumnos de sus alumnos, cuál es su mensaje para la humanidad?

DG: *Ninguno en particular. Que intenten tomarse la vida con seriedad y procuren ser autónomos, evitando todas las sirenas que intentan seducirles haciéndoles heterónomos. La vida hay que tomársela con extrema seriedad. En ella hay dos momentos claves, la adolescencia, en la que uno se hace la pregunta radical: “¿qué voy a hacer con mi vida?”, y el final de lo que cabe llamar la madurez, en que uno echa por vez primera la vista atrás y se pregunta: “¿qué he hecho de mi vida?”. Cuando la respuesta a ambas preguntas coincide, cosa muy infrecuente, tenemos una persona lograda. Y si a la primera respondió siguiendo su verdadera vocación, esa que, según Ortega, surge del fondo insobornable de nosotros mismos, entonces podrá contestar a la segunda diciendo que ha sido lo que tenía que ser. Esa es una vida lograda, un ser humano auténtico. Y sea cual fuere su campo, la pintura, la poesía, la ciencia, el sacerdocio o la medicina, aparecerá a la vista de los demás como un modelo, digno no sólo de admiración sino también de imitación.*